IX Domingo del Tiempo Ordinario C

La fe un pagano

"Un centurión tenía enfermo a un criado a quien estimaba mucho. Y al oír hablar de Jesús, le envió unos ancianos de los judíos, para rogarle que fuera a curar a su criado". San Lucas, cap.7.

Aquellos "ancianos de los judíos" eran quizás rabinos o jefes del pueblo. En las culturas orientales los mayores gozan de autoridad y son consultados en muchas circunstancias. Los enviados representaron bien al centurión. Aún más, refuerzan su pedido ante el Maestro: "Merece que le sanes a su criado. Porque tiene afecto a nuestra gente y nos ha construido una sinagoga".

No era extraño que algunos funcionarios romanos respaldaran, aún con dinero, las instituciones judías. Lo extraordinario era que la comunidad de Cafarnaúm aceptara el donativo, algo contrario a la conciencia nacional. Lo habrían hecho quizás por la actitud amable del centurión, quien no exigía ninguna contraprestación inconveniente.

Sin embargo, el centurión conoce bien los prejuicios de este pueblo y no se atreve a ir personalmente donde Jesús, del cual contaban maravillas. ¿Compartiría este profeta el orgullo de sus compatriotas?. ¿No le haría un desaire por su calidad de extranjero? Se vale entonces de algunos amigos, que rueguen al Maestro venga a sanar a su criado.

Pero enseguida el capitán se inquieta. ¿Aceptará Jesús pisar la casa de un pagano y mancharse con los impuros? Pero sobre sus dioses del imperio había uno superior. Y éste le habría dado al Maestro un poder inexplicable.

Por lo tanto no es necesario que Jesús venga a su casa. Tenía experiencia de que muchas cosas pueden hacerse mediante una palabra. Y explica: "Cuando a un soldado le digo: Ve. El va. Al otro: Ven. Y viene. Y a otro: Haz esto y lo hace".

Bastará entonces que el Maestro dé una orden y su criado quedará sano. Manda entonces una segunda misiva: "Señor, no te molestes para entrar en mi techo. Dilo de palabra y mi criado quedará sano".

Cuando al Señor le cuentan este segundo discurso del centurión, como cuenta san Lucas, "se admiró" y dijo a la gente: "Os digo que ni en Israel he encontrado tanta fe".

Los enviados bajaron a casa del romano y encontraron que el criado ya se había curado.

Siempre la fe necesita signos. Nuestro cristianismo brotó en un hogar donde Dios se manifestaba de muchas maneras. Luego recibimos otras señales, más personalizantes, quizás más intangibles diríamos. Pero de pronto, todas ellas se esfumaron y vimos a abocados a creer en la penumbra, sin el apoyo de ningún heraldo que continuara hablándonos de Dios.

Aún más sentimos que había que creer a pesar de todos los antisignos que nos ofuscaron los ojos. Entre ellos nuestra propia fragilidad y nuestros pecados.

La fe de aquel centurión era una fe valiente. Inasible, pero fuerte. Lo empujó a desnudarse de todo su pasado para asomarse a una ventana donde hablaba el Dios de los dioses. Una fe que nació ante el temor a la muerte. Pero que fue más allá hasta reconocer que Jesús de Nazaret poseía un poder sobrehumano.

Se nos antoja que este centurión pudo ser el mismo que en la tarde del Viernes Santo exclamó ante el cadáver de Jesús: "Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios".

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y